

# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 17 DE ENERO DE 1932.

NÚMERO 3.

## 17. POCO MOVIDO

F. SILCHER.



1. Se - ñor, he-me en tus ma - nos Di - ri - ge - me, Sin Ti ni un so-lo  
Y has-ta el fin de mis a - ños, 'Mi guí - a sé.



pa - so, Qui-sie - ra dar; Mi vi-da has-ta su o ca-so te he de en-tre-gar.



## SEÑOR, HEME EN TUS MANOS!...

Señor, heme en tus manos,  
dirígeme  
y hasta el fin de mis años  
mi guía sé.  
Sin tí ni un solo paso  
quisiera dar;  
mi vida hasta su ocaso  
te he de entregar.

Sostén con tu potencia  
mi débil ser,  
y así paz y clemencia  
podré tener;  
que siempre yo a tu lado  
prefiera estar  
y tu voz con agrado  
cerca escuchar.

A Tí sea en el mundo  
mi afán seguir;  
a Tí, en amor profundo,  
siempre servir.  
Señor, heme en tus manos,  
dirígeme,  
y hasta el fin de mis años  
mi guía sé.

---

## UN JOVEN, COMO HAY MUCHOS

A un mancebo un anciano pregun-  
[taba,  
y al anciano el mancebo respondía  
lo que voy a contar, pues que pasaba  
el caso un viernes, a la vera mía.  
—Y, ¿qué piensas ser tú?  
—Seré abogado,  
que es carrera de lustre y de provecho.

—¿Y después?

—Periodista y diputado;  
pues tengo buena labia y mucho pecho.

—¿Y después?

—Tocaremos el registro  
que en las altas regiones tanto ayuda;  
y, en hallando ocasión, seré ministro.

—¿Y después?

—Millonario, ¿quién lo duda?  
Hacerme rico sin tardanza espero,  
que es muy triste vivir en apretura.

—¿Y después?

—Daré suelta a mi dinero  
en palacios y coches y aventuras.

—¿Y después?

—Seré conde, según pienso,  
o marqués y gran cruz, lo que es muy  
[grato.

—¿Y después?

—Disfrutando del incienso  
brillaré entre la pompa y el boato.

—¿Y después?

—Sonriéndome la suerte  
luengos años veré gozando en calma.

—¿Y después?

—Ya después, después, ¡la muerte!  
y después, ¿qué hay después?

—Perder el alma.

—Es la pena que aguarda al majade-  
[ro,

que en esa Babilonia a que tú aspiras  
se olvida de buscar a Dios primero  
ajustando a su ley todas sus miras.  
¿De qué sirve lucrar el mundo entero  
si el alma pierdes, si en pecado expiras?

—¡Ay, basta!—el joven replicó al an-  
[ciano—

Entiendo la lección, no será en vano.

---

## CHISTES

contados por Ramón Domínguez

En un tren están una señorita y un señor. El señor coloca su sombrero entre los dos, y la señorita lo quita. Entonces dice el señor:

—Señorita, parece esto una casa de locos.

—¿Por qué?—pregunta la señorita.

—Porque yo *lo... co- loco* y usted *lo... quita*.

\* \* \*

Entre dos compadres. Dice uno:

—¿Quiére usted comprarme un burro que corre como una locomotora?

—Sí, señor; ¿por cuánto?

— Por cincuenta duros.

—Venga.

Pero al comenzar a correr la locomotora y el burro, el burro empieza a andar para atrás y para adelante.

—¿Y eso es lo que corre?—dice el comprador.

—Si señor; espere, que está haciendo maniobras.

---

## PRINCIPIO Y FIN DE UN CONQUISTADOR ESPAÑOL

por ROBERTO MOLINA

(Continuación.)

### III

No quisieron los españoles, como deseaba Guani, el cacique o rey de aquella tribu, alojarse por separado entre las

numerosas viviendas de los indios. Importaba más a su salvaguardia o interés permanecer reunidos, porque habían menester de resoluciones prontas, ya que la primitiva y pequeña escuadra considerábanla todos destruída por el temporal, y aquellos cuarenta navíos, anunciados por Merlo, existían sólo en su acalorada fantasía.

Tuvieran los españoles sus propias armas y, aunque en total no llegarían a cincuenta hombres, atreviéranse a todo y triunfaran; que no era nuevo en aquellos tiempos acometer a millares de indios en la proporción de diez para ciento y vencerlos. Pero entonces, armados sólo con las pesadas mazas y flechas, mal podrían dominar a unos dos mil isleños, que serían los que mandaba Guani, sin contar a los que poblaban otras tribus vecinas y amigas de aquél. Y así, como ni el valor ni la fuerza iban a darles el triunfo, encomendábase a la astucia, ponían su fe en el ingenio y buena suerte de Merlo unos y los otros y todos en el santo de su devoción, que eran en aquellos remotos días los soldados tan creyentes como atrevidos, tan fanáticos cristianos como audaces y temerarios.

Cuenta Colón en su diario, a medida que va descubriendo y pisando tierra, cómo eran en aquellos países “los aires, suavísimos y dulces; los árboles, muy grandes, hermosos, verdes y diversos de los nuestros; los pajaritos, de todos los colores, que cantaban muy dulcemente; la yerba, altísima”. Habla de “las manadas de papagayos, que oscurecen el sol; de las palmeras, altas y muy her-

mosas..." Crédulos y sencillos los naturales de aquellos edénicos países, pensaban que los españoles habían caído del cielo: "Ellos firmes en que habemos caído del cielo"—dice el almirante—. Así se explica la credulidad de estos hombres, su respeto al corto número, siendo ellos tantos; la admiración, casi idólatra, con que eran recibidos y tratados los nuestros en muchos lugares...

Dos larguísimos días habían transcurrido desde aquella mañana en que Merlo atrevióse a pedir a Guani la mano de su hija. ¡Cuánta disimulada zozobra y angustia en estos dos días! Desde el alba devoraban con los ojos el mar, esperando ver a lo lejos una vela. Díaz Merlo, colmado de atenciones por Guani, era el prometido oficial de Moa, su hija, aquélla que habíales descubierto el sitio donde las armas se guardaban. Mas los españoles, como gente de aventura y de trueno, fanfarrones y poco aptos para ganarse con la cortesía y bondad de su trato la amistad de los indios, ocasionaron no pocas molestias y rozamientos, sembrando entre los inocentes isleños el recelo y el odio. Puestos en este peligroso camino, e impotente Merlo a reducirlos con su consejo, pasaban los días, mermábase el prestigio de los nuestros; y con poner al descubierto sus flaquezas, cobraban los naturales valor y se avergonzaban de haberles tenido tan desmedido respeto. Estos hostiles sentimientos eran fomentados por algunos indios principales, para quienes la posición de Merlo cerca de Guani era vista con escondido odio. Una tarde, al sexto día de la llegada de los españoles,

maltrataron un grupo de éstos a unos jóvenes indígenas, con lo cual alborotóse el poblado y pidieron el castigo inmediato y severísimo de los culpables. Era ya casi de noche. La oscuridad disolvía los grupos y empujaba a sus alojamientos y a sus moradas a unos y a otros. Reconocía Merlo la culpa de los suyos, y Guani, pese a su natural bondad, no podía dejar de satisfacer a los ofendidos, que pedían la muerte de once de los nuestros. En este apuro acudió, como ya en otra ocasión, Moa, entrevistándose con su prometido español para decirle: "¡Huíd todos pronto a Tebeque! ¡Antes de que amanezca, apoderaos de Tebeque y defendeos allí! La vida de todos vosotros corre aquí gravísimo peligro, y ni la autoridad de mi padre podrá salvaros."

Tebeque era una aldea situada en la escarpadísima cumbre de una montaña, distante unos ocho kilómetros. La posición de aquel punto y sus naturales defensas ayudarían mucho a los españoles y les sostendría hasta que la anunciada y esperada escuadra llegase. Así lo hicieron, y con tanta fortuna, que cuando amanecía no quedaba en el poblado de Guani ni un solo español, y los pobladores de Tebeque, sorprendidos y cortos en número, no tuvieron más resolución que rendirse, entregar cuanto poseían y quedar, en fin, a merced de los vencedores.

(Continuará.)

